

Pankaj Mishra, La edad de la ira.
Una historia del presente, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2017.

El libro trata de explicar los orígenes de la gran oleada de odios que parecen asolar a nuestro mundo. Empieza haciendo un recorrido por el origen ilustrado del individualismo y el colectivismo en lucha desde el origen de las civilizaciones. Continúa haciendo un análisis de la obra de Rousseau, Kant y Voltaire intentando explicitar cómo ese debate es el dilema en el que se mueven todas las ideologías y formas de comprender el mundo. Entre las formas de interpretar el mundo se encuentran francotiradores americanos, terroristas del Daesh, Putin, Trump, Erdogan, Xi Jinping, u otros tantos dirigentes mundiales, así como los nacionalismos vindicativos.

Para Pankaj, el populismo, el racismo, la misoginia, el odio generalizado en los países modernos o postcoloniales, está irrumpiendo con fuerza, desatando el revanchismo, el resentimiento, la necesidad de dar la vuelta a la historia. La venganza postcolonial irrumpe desde todas las esferas: en la educación, las universidades, la política, la economía, el reverdecer de los nuevos anarquistas, indignados, etc., que responden a la situación de desamparo en la que se encuentran tras haber sido desprovistos de todo sentido espiritual. Un nihilismo autodestructivo ha venido a sustituir las formas tradicionales de sentido, de carácter religioso o racionalista, que nos deja perplejos con sus espasmos terroristas.

Mishra nos propone mirar atrás para llevarnos al presente. Este mundo que venía de la modernidad, de la promesa de que disfrutaría de libertad, de estabilidad y de prosperidad, en un progreso continuo, ve cómo esa promesa se convierte cada vez más en una cancha política de demagogos, de injusticias sociales, de desigualdad, de desequilibrios que amenazan con generar micro apocalipsis. Muchos de los pueblos que creyeron en esta promesa ilustrada, que han llegado tarde a este Nuevo Mundo o que fueron abandonados por él, por una colonización europea abusiva, reaccionaron de manera similar al odio de los supuestos enemigos. Todos esos Estados nación postcoloniales están enzarzados en el intento de reconstruir una edad de oro perdida antes de la colonización. Están embarcados en la autoafirmación nietzscheana a través de una violencia cruel y espectacular que da un salto cuantitativo debido a los *media* inédito. Los militantes anarquistas, comunistas y fascistas del siglo XIX que surgieron de las filas de estos desfavorecidos de la sociedad, incendiaron a las masas con sus ideas políticas filosóficas utópicas. Marx, Bakunin y Kropotkin, Mazzini, D'Annunzio, Gramsci, son los inspiradores, grandes revolucionarios ilustrados, de los nuevos jóvenes airados que se convierten a los nacionalismos culturales en Alemania, en España, que devienen revolucionarios mesiánicos en Rusia, chovinistas belicosos en Italia, anarquistas que practican el terrorismo en todo el mundo.

En un mundo de masas, de redes sociales, de tecnología, en dónde se busca como único objetivo la riqueza individual, se está dejando sin rumbo a miles de millones de personas. El mundo desarraigado, sin tradición, donde la globalización ha roto con los vínculos, estos se buscan de forma histérica, con terribles resultados: el retorno a los populismos, los nacionalismos, las culturas locales. Todos buscan de forma violenta una Arcadia feliz, siempre insatisfactoria, pero por eso mismo cada vez más violenta.

Pankaj nos hace una lectura de la historia desde el siglo XVIII al XXI que nos permite comprender que, lo que estamos viviendo, no es muy distinto de aquello que se vivió con efervescencia después de Napoleón después de la Ilustración. Durante todo el siglo XVIII y el siglo XIX: “anarquistas y nihilistas deseosos de romper sus cadenas viejas y nuevas, estallaron en una

violencia exhibicionista mientras el mundo experimenta una rápida integración social y económica, así como la mayor migración internacional de la historia, a finales del siglo XIX y principios del XX. Una gran euforia se extendió por toda Europa en 1914 cuando estalló la guerra. Y, la violencia y el odio eran, para muchos, promesa de liberación de la penalidad desmoralizante y el tedio de la sociedad burguesa. Por otra parte, el culto a Napoleón y al chovinismo beligerante había reflejado lo largo del siglo XIX un malestar nacido de la pérdida de fe religiosa y una aguda crisis de masculinidad”¹.

Pero esta euforia por la guerra respondía a la necesidad de salir de una gran depresión incomprensible para los observadores como Durkheim. En *El suicidio* (1897), Emile Durkheim se debatió con un gran misterio de su tiempo: “por qué un número asombrosamente elevado de europeos decidían quitarse la vida en una época de rápido crecimiento económico, descenso del analfabetismo, comunicaciones aceleradas y mayor autoconocimiento. Dostoievski había comprendido ya agudamente que los individuos enseñados a crecer en un noble ideal de libertad y soberanía personales y, después, enfrentados a una realidad que se las negaba cruelmente, podían salir de esta ambivalencia paralizante con el asesinato gratuito y la insurgencia paranoide: *podvig*, la espectacular hazaña espiritual a que aspiran los personajes de la literatura de Dostoievski. Los escritores rusos establecieron el crimen aleatorio como caso paradigmático del individuo libre que saborea su identidad y afirma su voluntad. Mijail Bakunin fue, sin embargo, el teórico más influyente de esta *reductio ad absurdum* de la idea de libertad individual: el “revolucionista”, como él describió alegremente esta figura en 1869, ha cortado todos sus vínculos con el orden social y con el mundo civilizado entero, con las leyes, los buenos modales, las convenciones y la moral de ese mundo. Es su enemigo despiadado y sigue habitándolo con un único propósito: destruirlo. Y la realidad fue que grupos variopintos de anarquistas y nihilistas se revolviéron, en palabras de Nikolai Berdiaev, contra las injusticias de la historia, contra la falsa civilización; tenían la esperanza de que “la historia llegue a su fin, y comience una vida nueva, fuera y por encima de la historia”. Los intentos de liberación del peso de la historia [...] y la revolución de la consciencia humana adoptaron una serie de formas políticas, espirituales y estéticas en el fin de siglo, desde el socialismo, el nacionalismo, el nihilismo anarquista y el Art Nouveau hasta el futurismo italiano, la teosofía y la poesía simbolista. Cuando la democracia liberal se tambaleaba bajo el peso de las políticas de masas, y el capitalismo global sufría su primera gran recesión, emergieron manipuladores de masas para dejar claro que, como escribió Hugo Hofmannsthal, la “política es magia” y “aquel que sabe invocar las fuerzas de las profundidades, a ese seguirán”².

Pankaj nos habla de la actualidad permanente de esas fuerzas telúricas que surgen de vez en cuando en los momentos de la historia menos esperados. Parecen respuestas adecuadas a las urgencias de subvertir el caos con más caos -que se reviste de pretendido nuevo orden-, o el sinsentido con un sentido paranoide.

El libro de Pankaj no se presenta, dice el mismo: “como una historia intelectual, y no puede siquiera plantearse, dada su brevedad, como una sola narración sobre los orígenes y difusión de ideas e ideologías que abarque los múltiples acontecimientos culturales y políticos de los dos siglos anteriores. Lo que hace más bien es explorar un particular clima de ideas, una estructura de sentimientos y una disposición cognitiva desde la época de Rousseau hasta nuestra propia edad de la ira. Pretende revelar algunos fenómenos recurrentes en todo el mundo, cuya común fuente subyace en uno de los hechos más extraordinarios de la historia humana: el

¹ P.28.

² P.30.

advenimiento de la civilización comercial industrial en Occidente y su reproducción en otros lugares. Intenta mostrar como una ética del empoderamiento individual y colectivo se difundió por todo el mundo, tanto mediante una imitación resentida como a través de la coerción, causando graves dislocaciones, desajustes sociales y convulsiones políticas”³.

Pankaj no está tan interesado en detallar la teoría del contrato social de Rousseau o su legado político, más bien quiere reflexionar sobre el extrañamiento e inadaptación de Rousseau al mundo de la riqueza, el privilegio, la competencia y la vanidad, que fue germen de las ideas y soluciones que él mismo planteaba como alternativa a esta burguesía ilustrada. Porque lo que plantea Rousseau parece volver otra vez a encontrarse en la historia: esas ideas románticas alemanas que imitaban, con su resentimiento intelectual y cultural a la Francia rousseauiana, ese romanticismo alemán que oscilaba entre la masa sumisa premoderna y la configuración de un espectro emocional ideológico de nuevo cuño lo volvemos a encontrar hoy día.

Las masas de jóvenes que deambulan por las universidades y en las calles del mundo son motivo de preocupación para nuestro autor. Los ve como los últimos hombre de los que habla Nietzsche en Así habló Zaratustra: “Ese joven prometedor y alienado, que aparece en todos los países en proceso de modernización habla en nombre de la mayoría analfabeta, como de la minoría culta o en su propio nombre. Un yo que resulta estar dolorosamente dividido. En todos los casos, da expresión a un profundo sentimiento de ineptitud e intenta trazar un ambicioso plan para superarlo. Pero este improvisado programa de creencia y acción no puede integrarse fácilmente en las clasificaciones de ideas y movimientos (fascismo, imperialismo, liberalismo, bolchevismo, islamismo, sionismo, nacionalismo hindú), ni en las amplias y sectarias categorías de izquierda y derecha, liberal y conservador, que suelen mediar nuestra visión de la historia y de la actualidad”⁴.

En el análisis de la situación Pankaj no es un rupturista iluminado. Sigue pensando que los viejos métodos han tenido y tienen todavía su oportunidad para explicar cosas, pero ya no son suficientes.

“Seguirán siendo indispensables los análisis materialistas que invocan las abstracciones de nación y capital, y que trazan el movimiento de bienes, el cambio drástico en sistemas climáticos y el aumento de la desigualdad sirviéndose de técnicas de estadística sociología cuantitativa e historicismo. Pero nuestra unidad de análisis debe ser también el ser humano irreductible, sus temores, deseos y resentimientos. Es en la inestable relación entre la persona interior y la pública donde se puede empezar a tomar medida más precisa de la actual guerra civil global”⁵.

Un toque pesimista o más bien realista recorre las páginas de este libro permanentemente. Por ejemplo, “respondiendo a las tesis de Fukuyama en 1989, Allan Bloom se mostraba lleno de oscuros presentimientos sobre la gestación de revueltas contra un mundo que “se ha hecho seguro por una razón según las entiende el mercado, y un mercado común global cuyo único objetivo es atender las necesidades y caprichos corporales de los hombres”. Si se busca una alternativa, escribía Bloom, “no hay donde buscarla””⁶.

Pankaj sugiere que el fascismo tiene un futuro, sino el futuro mismo. Citando el teórico político inglés John Gray advierte sobre la vuelta de fuerzas más primigenias, nacionalistas y religiosas,

³ P.33-34.

⁴ P.34.

⁵ P.39.

⁶ P.48.

fundamentalistas, y pronto, quizás malthusianas, que la Guerra Fría había acallado. Señala la incapacidad intelectual del liberalismo tanto como el marxismo en este nuevo orden mundial. Hace un recorrido por todas las guerras civiles y no civiles que nos han asolado en todo el siglo XX para mostrar como esta tortilla una y otra vez da vueltas mientras que lo único que hace es generar una oleada permanente de resentimientos, necesidad de venganza, racismo en aumento, formas discriminatorias, injusticias en todas las partes del mundo. La fuente de su información histórica, además de historiadores, sociólogos, filósofos y otros pensadores es también la gran literatura. Permanentemente recurre aquellos autores que inspiraron a los grandes filósofos del siglo XX y de finales del siglo XIX como Dostoievski, en el que se inspira Freud, Nietzsche y del que viven tantos otros autores del siglo XX. Dostoievski es el primero, como dice Pankaj, que se da cuenta de que el mundo se ha sumido en una rivalidad mimética, en una envidia que escala hasta una rivalidad permanente sin poderse refrenar. Él intuye que la catástrofe está en que esta envidia no tiene ninguna solución: nos vemos inmersos en ella en un sistema de competencias que cada vez nos hacen más violentos y nos conducen a una especie de apocalipsis al estilo Girard, al que utiliza profusamente.

Las víctimas de hoy utilizan el modelo mimético de verdugos de ayer.

“El pedigrí intelectual de las tremendas atrocidades actuales no reside en las escrituras religiosas. Los colonialistas franceses en Argelia utilizaron técnicas de tortura ideadas por los nazis durante la ocupación de Francia. En la guerra global contra el terror los estadounidenses recurrieron a crueles métodos de interrogatorio que la Unión Soviética había patentado durante la Guerra Fría. En la última etapa de esta truculenta reciprocidad, los herederos de Al Zaraqawi en el Daesh visten a sus rehenes occidentales con los trajes de color naranja de Guantánamo, y encienden las cámaras de sus teléfonos inteligentes antes de decapitar a sus víctimas”⁷.

Por todos los lados vemos la contrapartida mimética de aquellas víctimas que copian a sus verdugos; víctimas que se convierten en verdugos copiando a sus verdugos. Víctimas en un ciclo sin fin que alientan su odio diciendo que los otros les odian o que justifican su violencia como parte de un ciclo de injusticias que han de ser reparadas, aunque sea con otras injusticias mayores.

“El adolescente iraní-alemán que mató a nueve personas en Munich en el quinto aniversario del ataque de Breivik, confirmó el carácter mimético de la actual violencia al elegir una foto de Breivik para su perfil en Whatsapp”⁸. [...] “hace tiempo ya que la identidad es intercambiable en nuestra guerra civil global: después de todo, los militantes armados y financiados por Occidente contra la Unión Soviética fueron en su día calificados de “luchadores por la libertad”, y ellos a su vez acabaron considerando sus promotores capitalistas indiferenciables de los ateos comunistas. Hoy los veteranos de guerra estadounidenses contra los yihadistas de Irak y Afganistán - afroamericanos, así como musulmanes-, apuntan sus armas contra sus conciudadanos. Y, no obstante, seguimos dando explicaciones y creando enemigos en la drástica alteridad cultural y religiosa de los responsables, en una ideología religiosa que, originada en Oriente Medio, seduce claramente a jóvenes vulnerables alejándolos de los valores occidentales”⁹.

⁷ P.76.

⁸ P.76.

⁹ P.77.

En su análisis del nacionalismo como salvación¹⁰: nos lanza una mirada sobre Alemania, una nación que no era nación, en comparación con Francia Inglaterra, en su búsqueda permanente del *Volkgeist*. “Los largos años de desunión política habían hecho que una cultura común pareciera la matriz de la futura nación. Para los jóvenes varones de otros países faltos tanto de Estado como de nación, esta definición primordialmente cultural de nacionalidad, y promesa de comunidad espiritual, llegó a ser profundamente seductora. Y próspero entre ellos porque no solo podía llenar el doloroso vacío interior; también podía procurar trabajo y estatus a una clase culta pero aislada. De entre sus filas salieron -en todas partes- los profetas y primeros apóstoles del nacionalismo. De hecho, el nacionalismo como la Ilustración, fue en sus comienzos casi enteramente producto de hombres de letras. Estos hombres enérgicos y ambiciosos se propusieron convencer a sus respectivos pueblos de que el verdadero interés de estos residía en trascender intereses sectarios y unirse, preferiblemente bajo su mando. Así transformaron su búsqueda de identidad y dignidad personales en una caballerosa defensa de lo que consideraban identidad y dignidad colectivas”¹¹.

Posteriormente, Pankaj nos introduce en un análisis del mesianismo político que irrumpe a finales del siglo XIX y que culmina en los totalitarismos del siglo XX. Hace un repaso por Mazzini, Malatesta, Bakunin, Marx, Kropotkin... por todos los grandes utopistas, por todos aquellos que parecen autores secundarios, pero que hicieron grandes recorridos por el mundo entero difundiendo las teorías anarquistas o comunistas, las utopías destructivas de las ideologías burguesas de los estados incipientes.

El método de fondo que sigue es el de la teoría mimética: de la competitividad y la mimesis de apropiación a la mimesis del antagonismo. Nos presenta a Mazzini, a D'Annunzio, todos ellos adoradores de Nietzsche, y lectores asiduos: “Nietzsche proporciona a los jóvenes de todo el mundo el marco intelectual para varios proyectos esencialmente modernos y apremiantes: la transvaloración radical de valores heredados, la revuelta contra la autoridad y sus dogmas, la creación de nuevas formas de vida sobrehumana y la política de estilo grandilocuente. Esta es la razón de que la promesa de Zarathustra da un gran salto, desde el degenerado presente hacia una cultura más robusta, o incluso un modo de ser superior, recomendar a Nietzsche a muchos bolcheviques, (para gran disgusto de Lenin), al izquierdoso de Xu Lun y a fascistas tanto como anarquistas, feministas y estetas. Los iconoclastas de todo tipo podían interpretar la *autosuperación* nietzscheana como una llamada a la acción política grandiosa, así como una exhortación apolítica a la reinención individual”¹².

Otro de los gurús, aparte de D'Annunzio y Mazzini y todos los herederos anarquistas de Nietzsche, fue Georges Sorel. “Un autodidacta independiente e ingeniero jubilado, que vivía en París, para el que el conflicto, el combate y el *élan vital*, encarnados por los individuos heroicos, son necesarios para que el mundo pueda avanzar. Sorel quería contemplar antes de descender a la tumba, la humillación de las arrogantes democracias burguesas, hoy tan cínicamente triunfantes”¹³. Así, siguiendo a Sorel, por ejemplo, Mazzini alababa la guerra utilizando escritos de Nietzsche en su exaltación del impulso guerrero calificándola de: “gestadora de moral”. Papini también habló de la necesidad de: “limpiar la tierra en un baño caliente de sangre negra”.

¹⁰ P.184-5.

¹¹ P.185.

¹² P. 203.

¹³ P. 207.

Todos pensaban lo que Nietzsche: que la sangre derramada era la savia social. Todos estaban a la búsqueda del surgimiento del *hombre nuevo* cómo había sido teorizado por Nietzsche. Sorel pensaba que este hombre nuevo vendría potenciado por la tecnología, consideraba la violencia como una experiencia existencial, un fin en sí misma y perpetuamente renovables. Todos los revolucionarios de principios del siglo XX citaban a Sorel o a Nietzsche en la justificación de la guerra como salvación de un mundo enfermo adormecido por la moral burguesa. Para Pankaj, la propuesta de alumbramiento de estos nuevos hombres no pasó de ser el éxtasis de los “últimos hombres”, en el sentido en el que los describe Nietzsche como previos a la irrupción del superhombre. Estos superhombres, no pasaron de ser hombres del subsuelo, al estilo dostoiévskiano.

Después Pankaj se detiene en el capítulo: *Cómo recuperar la religión* en las diatribas entre Savarkar y Gandhi en la India para mostrarnos las dos formas de entender de nuevo los apetitos de nacionalismo que, en el fondo, solo son medios para canalizar el orgullo herido en el revanchismo o en la venganza o en el resentimiento que aflora mediante expresiones de todo tipo. La religión es utilizada como fórmula creadora de identidad.

Más adelante, en la página 225, Pankaj nos pone ante los nuevos modos de exaltación del orgullo nacional que nos recuerdan que siempre ha sido lo mismo a lo largo de la historia, desde las Olimpiadas griegas, las paradas militares o la exaltación del deporte nacional de nuestros días: “lo que todos sabemos, muchos miles de millones de personas, en su lucha por encontrar un lugar en el mundo, o derrotados por ese penoso proceso y resignación al fracaso, refuerzan su autoestima identificándose con la grandeza de su país. Ya sea por la gloria obtenida en la arena del deporte o el espectáculo, por un premio Nobel o por victorias militares, el triunfo de unos pocos parece infundir orgullo en muchos. Los dirigentes que ofrecen resistencia a las élites occidentales, percibidas como arrogantes y entrometidas siempre pueden contar con una reserva histórica de resentimiento. La popularidad del presidente Putin en su país aumentó, de hecho, después que Europa y Estados Unidos impusieron sanciones a Rusia originando una crisis económica. El cine y la literatura antioccidental producido durante el gobierno de Mao en China podían tacharse de propaganda comunista. Hoy, sin embargo, las librerías chinas están inundadas del polémico libro xenófobo como *China puede decir no. El último lobo*, el libro más vendido en China después del *Libro Rojo de Mao*, lamenta que los pusilánimes campesinos chinos sean presa de astutos occidentales que, al ser descendientes de tribus bárbaras inhumanas como los tiburones y los anglosajones, llevan sangre de lobo en las venas. En el 2016, el celebrado pianista Lang Lang dirigió Movimiento Patriótico chino contra el fallo de un tribunal internacional favorable a Filipinas y condenatorio de China en la disputa marítima de estos dos países. En Rusia la religión oficialmente prohibida durante el periodo soviético, hoy llama a una población mayoritariamente cristiana a luchar contra las supuestas importaciones del liberalismo”.

Pankaj cita el libro de José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* de 1930 para expresar este paternalista malestar liberal contra la aparición de una política desorbitada, frenética, fuera de sí, puesto que pretende sustituir a todo el conocimiento. “La política desorbitada, frenética y fuera de sí de nuestra época, un idealismo desmesuradamente retórico sobre la Nación, la raza y la cultura, es a menudo producto de gentes no asociadas a partidos políticos o movimientos. Son también estas las que parecen dispuestas a renunciar a libertades civiles ganadas con

esfuerzo y dar su aquiescencia, y hasta un apoyo entusiasta, a la guerra preventiva, las muertes extrajudiciales y la tortura”¹⁴.

Nuestro autor se adentra, haciendo un recorrido por los nuevos líderes mundiales, para darnos a entender que la diferencia entre los líderes que han conducido a la humanidad al sacrificio de las masas en pro de un ideal utópico, basados en ideologías nacionalistas, sigue su marcha inexorable: Modi en la India, Putin en Rusia, Rodrigo Duterte en Filipinas, Trump en Estados Unidos, Kim-Yun Uno, Maduro, y tantos otros están respondiendo realmente al manifiesto declive de la forma histórica del Estado Nación. Estos dirigentes, que tienen actuaciones fascistas responden al victimismo de algunas clases sociales respecto al racismo o respecto a las minorías. Es todo de otra forma nos dice, hasta Sarkozy Theresa May, todos ellos responden a la necesidad de ofrecer soluciones mágico-cósmicas a una neurosis cuyo origen radica en las profundas desigualdades internas dentro de los países¹⁵. Todas las promesas de hacer grande Rusia, grande a EEUU de Trump o Putin, de hacer grande a un país cualquiera tienen que ver con esta acogida que se le da al resentimiento derivado de una pérdida de poder adquisitivo de un grupo, la depresión interior, las dificultades internas dentro de un país, de las diferencias económicas sociales, el agravio y la necesidad de reparación de una historia leída siempre desde el punto de vista del victimismo.

“Así en los lugares mismos donde surgió la modernidad secular, con ideas que adquirieron valor universal - el individualismo frente a la importancia de las relaciones sociales, el culto a la eficiencia y la utilidad frente a la ética del honor-, y la normalización del interés propio, ha reaparecido el mito del *Volk* como contrafuerte de la solidaridad y la acción contra enemigos reales e imaginarios. Pero el nacionalismo es, más que nunca una mistificación, cuando no un fraude peligroso con su promesa de hacer otra vez grande al país y su demonización del otro. Oculta las condiciones reales de vida y el verdadero origen del sufrimiento, incluso cuando quiere reproducir el bálsamo reconfortante de ideales trascendentales dentro de un horizonte terrenal sombrío. Su resurgir político demuestra que el resentimiento, en este caso de personas que se sienten postergadas por la economía globalizada o desdeñosamente ninguneadas por los elegantes señores y sicofantes de la política, los negocios y los medios de comunicación, sigue siendo la metafísica por defecto del mundo moderno desde que Rousseau la definió por primera vez. Y su expresión más amenazadora en la Edad del individualismo puede muy bien ser el violento anarquismo de los deseos superfluos”¹⁶.

Otro tema interesante se encuentra bajo el título *Encontrar la verdadera libertad e igualdad, la herencia del nihilismo*. “en muchos constructores de Naciones y muchos imperialistas, desde los jacobinos a los que hoy día se afanan por cambiar regímenes y promover la democracia, se han arrogado el monopolio, en su día reservado a Dios, de crear el mundo humano eliminando violentamente cualquier obstáculo que se presente. El político y periodista jacobino Jean Paul Marat no podía comprender porqué quienes le acusaban de crear un reinado de terror “no entienden que quiero cortar unas cuantas cabezas para salvar muchas más”. La violencia proletaria, aducida por Soler, sirve a los intereses inmemoriales de la civilización “y puede salvar al mundo de la barbarie”. Stalin justificaba ignominiosamente sus matanzas afirmando que “no se puede hacer una tortilla sin romper huevos”. En el 2006, mientras Israel destrozaba el Líbano, en Estados Unidos la secretaria de Estado Condoleezza Rice ofrecía la interpretación que el

¹⁴ P. 227.

¹⁵ Cf. páginas 230 y 231.

¹⁶ P. 230-231.

gobierno de Bush hacía del amoralismo revolucionario de Marat, de Sorel y de Stalin: “las bombas eran parte de los dolores de parto de un nuevo Oriente Medio”.

Como se puede apreciar el discurso es el mismo venga de donde venga. Ben Laden, Malatesta, Ferrer, y tantos otros que desde el anarquismo militante y revolucionario se han dedicado a poner bombas a todo tipo de organización, institución, monarquía u hombres prominentes a los que culpaban de las desgracias injusticias del mundo, ponen en cuestión la premisa de que el sujeto con libre albedrío está motivado por ciertos deseos, creencias y beneficios percibidos, y piensa en una determinada tortilla, que es siempre un *hombre nuevo*, un Oriente Medio nuevo, un nuevo orden mundial, etc. Cuando se ponen a romper huevos, todos estos visionarios terroristas anarquistas, que responden también aquellos mandatarios a los que consideran también asesinos de inocentes, tienen un ideal qué podría ser considerado como dice Pankaj cómo “voluptuosidad de una gran idea y del martirio. Una visión grandiosa del sacrificio heroico, según la cual se puede finalmente conseguir una vida libre eligiendo el modo de morir”¹⁷. Ciertamente, la adoración de Nietzsche es el origen de estas ideas grandilocuentes: “cabe afirmar que habrá muchos más hombres y mujeres así en el futuro, hechos y desechos por la globalización, desligados de cualquier causa o motivación específica, pero llenos de sueños de espectacular violencia. Y, hombres y mujeres que traigan a la política, a la vida misma, un sentimiento de Apocalipsis inminente”¹⁸.

En el fondo, Pankaj los tilda a todos ellos de *hombres del subsuelo* que tienen prisa por rehacer la historia, por expresar su resentimiento, salir del subsuelo, como el protagonista de la novela Dostoievski. El anarquismo también tenía sus correlatos en Francia en Baudelaire, en Alemania en Bakunin, y en Nietzsche: la exaltación de un hombre heroico, aunque sea simplemente por su capacidad de destrucción. De hecho, Pankaj, no oculta, en una serie de capítulos que ha ido dedicando en sus subtítulos a frases entresacadas de los escritos de Nietzsche o de Dostoievski, las conclusiones a las que nos quiere llevar. El último capítulo, el epílogo, ya nos lo confiesa claramente: “los *últimos hombres* proliferan”, refiriéndose evidentemente al escrito de Nietzsche de los *últimos hombres*¹⁹.

En este capítulo final nos encontramos con una sorpresa en la página 275. Dice así Pankaj: “el intelectual público más convincente e influyente de hoy día, el Papa Francisco, no es un agente de la razón y el progreso. En una elocuente ironía, se trata de la voz moral de la Iglesia, principal adversario de los intelectuales de la Ilustración mientras construían el andamiaje filosófico de una sociedad comercial universal. En gran medida, Francisco ha adquirido su talla moral porque el individuo ostensiblemente autónomo y centrado en su propio interés, gestado por el avance de la sociedad comercial, se enfrenta a un impasse. La crisis actual emana en gran medida de la fallida universalización de esta figura, y de su rápido descenso, en la era de la globalización, hacia un tribalismo iracundo u otras formas igualmente belicosas de individualismo antinómico”²⁰. En la página 276 nos pone en alerta para que no nos hagamos ilusiones o esperanzas de que algún régimen, algún un líder, alguna ideología, alguna novedad en la historia, en el nombre de la razón o del lado del racionalismo, nos seduzca. Nos propone que estamos “en un estado de emergencia mundial, la ejecución extrajudicial, la tortura y las detenciones secretas ya no provocan condena, repulsión y vergüenza generalizadas: la cultura popular, junto con las políticas estatales, las han hecho parecer normales. Las clases medias cultas, alabadas durante

¹⁷ P. 249.

¹⁸ P. 250.

¹⁹ *Así hablo Zaratustra*, Prólogo V. Descripción de la cultura futura. Alianza, Madrid, 1981, p. 39-40

²⁰ P. 275.

mucho tiempo como transmisoras de valores democráticos, están embargadas por el temor a la irrelevancia social. Su angustia, combinada con la rabia de los desposeídos y los perdedores, y la indiferencia rayana en el desprecio, de la plutocracia generan una cultura cotidiana de crueldad e inhumanidad”²¹. En la página 277, confinados a la fuerza en zonas de abandono, contención, vigilancia y encarcelamiento, los excluidos del mundo entero presta el gran servicio de ser el temido “otro” en unas sociedades no igualitarias. Son a la vez chivo expiatorio para la ansiedad provocada por la raza y clase en muchos individuos inseguros y la razón de ser de la creciente industria de la violencia. En general, ha habido un aumento exponencial de odio tribal a las minorías, principal patología en la búsqueda de chivos expiatorios, desatada por los shocks políticos y económicos, a pesar de que el mundo está más cohesionado por la globalización”²².

Para nuestro autor estamos en ciernes de la infamia política, de la prevaricación financiera, que nos puede conducir a una guerra civil global. “tenemos que examinar nuestro propio papel en una cultura que alienta la vanidad insaciable y un narcisismo vacío”²³.

“Y, para conseguir un futuro menos sombrío, no solo tenemos que interpretar un mundo desprovisto de certezas orales y garantías metafísica: debemos sobre todo reflexionar más profundamente sobre nuestra complicidad en formas de violencia y desposesión cada vez más cotidianas, y sobre nuestra insensibilidad ante el espectáculo del sufrimiento”²⁴.

Pankaj realmente nos pone ante una tesitura sórdida al estilo de Girard: estamos ante un mundo que nos propone la reconciliación o la nada y no hay terapia de ningún tipo que pueda curarnos de este dilema. La guerra del hombre más importante no es la que se hace con bombas o la que se exterioriza mediante grandilocuentes ataques militares o amenazas o retóricas de todo tipo, es una guerra espiritual, es una guerra interior. El mundo digital en el que vivimos o las culturas objetivistas nos llaman siempre a una excitación estéril, a una retórica inagotable de rivalidades y tensiones miméticas que están todas caracterizadas por una escalada exponencial a la violencia.

Pankaj nos dice que ya Kierkegaard, en su libro *La época presente* de 1846, vio en su época lo que estamos viendo en la nuestra. Las sociedades se rigen por un tipo particular de envidia: “un tipo particular de envidia, que surge cuando las personas se consideran iguales y buscan ventaja sobre los demás. Kierkegaard advirtió que la envidia irreflexiva era el principio unificador negativo del nuevo público democrático”. Pankaj añade en la página 280 a la cita de Kierkegaard otra de Tocqueville para refrendar sus intuiciones: En *La democracia en América* le preocupaba: “que la igualdad de condiciones del Nuevo Mundo encubre formas útiles de sometimiento y falta de libertad y anuncia el peligro que puede dar como resultado una ambición desenfrenada, envidia corrosiva e insatisfacción crónica”²⁵. Dice Pankaj, citando a Tocqueville: “eran demasiados, advirtió, los que vivían una especie de igualdad imaginaria, pese a la desigualdad real de su condición, pues habiendo sucumbido a la idea errónea de que se abría una vía fácil e ilimitada hacia lo que ambicionaban, quedaban obstaculizados de continuo por rivales prepotentes. Y es que los revolucionarios democráticos, que habían abolido los privilegios de algunos de sus semejantes porque se interponen en su camino, se habían lanzado después a una competencia universal”²⁶. Como señaló Kierkegaard, “el que busca la libertad individual debe

²¹ P.276.

²² P. 277.

²³ P. 277.

²⁴ P. 278.

²⁵ P. 280.

²⁶ P. 280.

escapar de la prisión donde los encierra su propio reflejo, y después, de la inmensa penitenciaría construida por el reflejo de sus conocidos”. Desde luego no encontrará la libertad, el joven de hoy, en el espacio de espejos deformantes de Facebook y Twitter. Porque se inmensa prisión de imágenes seductoras no sana las heridas de amor propio eternamente irritadas que nos rascamos compulsivamente. Todo lo contrario: incluso el espíritu comunal más festivo oculta la competitividad y la envidia provocadas por una exposición constante al éxito y el bienestar de otras personas. Como ya advirtió Rousseau, el amor propio está condenado a una insatisfacción perpetua. Demasiado corriente y parasitario de una opinión voluble, alimenta en la alma aversión hacia el propio yo mientras aviva un odio impotente hacia los demás; y, el amor propio puede degenerar rápidamente en impulso agresivo, por el que el individuo solo se siente reconocido si se lo prefiere frente a los demás y puede regocijarse de su ignominia; en la sucinta formulación de Gore Vidal: “no basta con tener éxito. Otros deben fracasar”²⁷.

Ya en el último capítulo, Pankaj nos introducen con el título lo que quiere decir: *Lo importante soy yo*. Un yo que puede ser un yo individualista o un yo nacionalista.

“Hoy, como ayer, es mucho lo que se exige a una población mundial mayoritariamente joven. Aceptar las convenciones de la sociedad tradicional significa ser menos que un individuo, rechazarlas implica asumir una carga insoportable de libertad en condiciones muchas veces claramente desalentadoras. En consecuencia, dos fenómenos muy notorios en la sociedad europea del siglo XIX, la anomía, o el malestar del individuo desarraigado sólo levemente ligado las normas sociales circundantes y a la violencia anarquista, están hoy increíblemente generalizados. Actualmente ya sea en la India, en Egipto en Estados Unidos, vemos la misma tendencia de los decepcionados a revelarse, y de los confusos a buscar refugio en la identidad colectiva y en fantasías de una nueva comunidad”²⁸.

Más adelante dice: “el atractivo del socialismo formal e informal -la posibilidad, en un sentido amplio, de mayor control sobre la propia vida- se ha extendido desde Cataluña, Escocia e Inglaterra hasta Hong Kong, más allá de las élites taimadamente separatistas con múltiples nacionalidad y cuentas en paraísos fiscales. Son cada vez más las personas que perciben la distancia entre las prodigas promesas de libertad y soberanía individual, y la incapacidad de sus organizaciones políticas económicas para cumplirlas”.

Cita que creo que es realmente importantísima: “los líderes chinos rusos turcos e indios tienen aún menos razones para oponerse a un sistema económico global que ha favorecido su enriquecimiento y el de sus compinches y aliados. Por el contrario, Xi Jinping, Modi, Putin y Erdogan actualizan el nacionalismo de viejo cuño ante sus crecientes poblaciones de ciudadanos desarraigados que, como los alemanes e italianos del siglo XIX, tienen anhelos desenfocados y a menudo contradictorios de pertenencia, identidad y comunidad tanto como de autonomía individual, prosperidad material y poderío Nacional. Los demagogos prometen seguridad en un mundo radicalmente inseguro. Y así, sus narraciones auto legitimadoras son inevitablemente híbridas: Mao con Confucio, vacas sagradas con ciudades inteligentes, putinismo con cristianismo ortodoxo, neoliberalismo con el Islam”²⁹.

“Las contradicciones y los costes del progreso de una minoría, largamente silenciados por el revisionismo histórico, por ahí dados desmentidos y por equívocos agresivos, se han hecho visibles a escala planetaria. Y ellas alientan la sospecha -potencialmente letal entre los cientos

²⁷ P. 283.

²⁸ P.284.

²⁹ P.287.

de millones de personas condenadas a la superfluidad- de que el orden actual, democrático o autoritario, se basa en la fuerza y el fraude, e incitan un estado de ánimo más extendido y apocalíptico que nunca. Subrayan asimismo la necesidad de un pensamiento realmente transformador, sobre el yo y sobre el mundo”³⁰.

Un apunte final en la bibliografía que resulta interesantísimo al final dice que la encíclica del Papa Francisco sobre el cambio climático es probablemente la crítica intelectual más importante de nuestro tiempo³¹.

³⁰ p.290.

³¹ p. 314.